



Viernes Santo: aplaudir a los Cireneos

Juan Ignacio Vara

Nos han dicho tantas veces que Jesús murió **para pagar** por nuestros pecados, que subió a Jerusalén **para sufrir** la pasión y entrar, así, en la gloria; que **quiso** ser atravesado por la lanza del soldado, que **estaba escrito** que así debía ser... que casi suena como que tuviéramos que agradecer al horror su capacidad de limpiar inhumanidades. El lenguaje que ata la salvación al hecho de la cruz y sus conjuntos resulta, cuando menos, equívoco.

Porque una cosa es morir como final de una trayectoria histórica, en cualquiera de las formas en que la muerte llegue y hasta morir destrozado porque, como a aquella niña colombiana, no hubo manera de sacarla de entre las piedras y el lodo, y otra muy diferente es morir destrozado porque alguien decidió destrozarnos. Jesús no murió así porque le pilló un terremoto saliendo del templo, sino porque unas concretas personas que representaban concretos poderes decidieron matarlo, humillándolo hasta donde más se podía. Otro tema es el sentido que luego le encontremos a esa muerte. Sea el que fuere, nunca debiéramos olvidar que quien nos salva es el resucitado que, un día, se encarnó en nuestra historia por amor y le puso un corazón; luego esa historia lo atropelló deliberadamente y el Espíritu-Amor lo resucitó más allá de la historia que compartió con nosotros. Y ahora nos espera en la Vida, porque él es la Vida.

Este año, en Viernes Santo, tenemos muchos Cristos, hombres y mujeres, muriendo y no en cruces de palo, rodeados de sanedritas burlándose y de soldados romanos aburridos de tanta sangre. Están sobre una cama, conectados a vías plásticas y a tubos que se han cansado de intentar que sus pulmones respiren y sus corazones bombeen. Cristos que ni siquiera tienen cerca una madre, una amiga, un hermano, una esposa, aunque los acompañan miradas, caricias no disimuladas, palabras a medio decir, lágrimas a medio camino... de mujeres y hombres vestidos de astronautas, hermanas y hermanos anónimos que intentarán decir a las Marías y a los Juanes que su Cristo se fue... para que, al menos, sepan que hubo quien hizo el relevo de la solidaridad y hasta de la ternura.

Ahora no ha sido ningún humano libre a quien Jesús estorbara para seguir organizando las vidas desde sus propios y ridículos olímpicos, de dioses y egos que se auto atribuyen el derecho de liquidar a quien ose decir que las personas, todas, son primer valor en la historia; y se encabritan mucho más si esas personas viven amando y repartiendo justicia. Ahora ha sido un bicho, minúsculo, de la familia de los coronavirus, que se ha metido en la cadena de la evolución y nos ha pillado a todos en paños menores de capacidad de reacción, porque nos creíamos por encima de esas “gripes de una semana”.

Y aquí estamos, Jesús apaleado y roto, no adorando el palo que aguanta el peso de tu cuerpo, sino mirándote a lo lejos, junto a los familiares que los romanos han permitido que se acerquen... aquí estamos queriendo reconstruir nuestra historia y hacerlo mejor de lo que lo hemos hecho por siglos; aquí nos tienes listos para bajarte del madero en cuanto aparezca cualquier José que preste un sepulcro y pedirte que la muerte de estas cristas y cristos de ahora tengan un final de salvación en la marcha de la evolución hacia la plenitud que sembraste en nosotros desde la creación...

Cuando te los encuentres en los brazos del Padre, diles que los quisimos, que los queremos. De momento, sigamos aplaudiendo a los Cireneos...